

## HOSPITALES ESPAÑOLES

## EL DEL REY, EN BURGOS

La fausta riqueza arquitectónica española está vinculada, sobre todo; en los edificios religiosos y de beneficencia. Los antiguos hospitales esparcidos por los más apartados rincones de nuestra patria son, en su inmensa mayoría, monumentos de una riqueza artística, casi tan insuperable como ignorada u olvidada, cuando no tratada con el más lamentable desdén.

Queriendo remediar en lo posible el desconocimiento de estas bellezas, nos proponemos publicar en estas acogedoras páginas de «La Voz Mé-lustradas con escogidas fotografías, sonteras descripciones de estos monumentos. El orden de publicación no estará regulado por la importancia artística de los hospitales que describamos. Nos guiaremos solamente por el orden en que vayamos recibiendo las fotografías que tenemos pedidas para ilustrarlos.

Estamos en Burgos, la capital de la vieja Castilla, afortunado solar de tantos y tan valiosos monumentos artísticos, la que encierra la más grandiosa joya del estilo gótico, la Catedral, que pudiera servir de exquisito modelo de todo lo que produjo el arte en los siglos XII, XIV y XV. Terminando el viejo paseo del Parral, a la izquierda del camino de Valladolid, se encuentra el Hospital del Rey, fundado por Alfonso VIII, al mismo tiempo que su esposa doña Leonor fundaba el Monasterio de las Huelgas, a poco de haber sufrido el guerrero rey castellano el descalabro de la célebre batalla de Alarcos.

Alfonso VIII había enviado algún tiempo antes desde Algeciras su célebre carta-reto al emperador de los Almohades, y estimando como un castigo de la divinidad a su soberbia la derrota sufrida en Alarcos, quiso dar una tangible prueba de contrición, en unión de su esposa, construyendo estos dos grandiosos monumentos de piedad.

Los hechos que luego se sucedieron parecieron darle la razón, puesto que poco tiempo después de terminados los edificios, fué cuando tuvo lugar la milagrosa batalla de las Navas de Tolosa, en la que, según la tradición, se debió el éxito de la contienda a favor de los reyes cristianos que luchaban juntos contra el sarraceno invasor a la decidida intervención de Santiago Apóstol, que, jinete en brioso caballo blanco, sembró el espanto entre las filas de los guerreros impíos.

Favorecería la creencia el hecho de haber dirigido aquella célebre batalla el propio Alfonso VIII, fundador del Hospital del Rey, albergue y asilo de los peregrinos que pasaban por Burgos, camino de Santiago de Compostela. Los fieles interpretaron

como una prueba de gratitud del Apostol, convintiéndose en guerrero invencible contra los moros.

Esta es la leyenda de la fundación de este magnífico Hospital del Rey, de cuya primitiva fábrica apenas quedan restos.

Se preparaba el arte arquitectónico y literario, allá por los últimos años del siglo XII, hacia una evolución que alcanzó su máximo esplendor en los días felices del Rey don Alfonso el Sabio. Y de aquellos últimos del siglo XII data el soberbio Hospital del Rey, reconstruido en el siglo XVI y restaurado por Carlos III, de feliz recordación, en el siglo XVII.

El magno edificio es uno de los más bellos y acabados monumentos que conserva Burgos, del estilo plateresco. La puerta de entrada, llamada Puerta de Romeros, surge de entre la calada *crestera* (adorno de labores caladas que se usó mucho en el estilo ojival y se colocaba en los caballetes y en las partes altas de los edificios), de alamos o candelabros y de *bichas* esas figuras de animales fantásticos que, entre frutas y tollajes, se utilizó como objeto de ornamentación principal en el estilo plateresco, y que recorren de uno a otro lado el muro en que se abre. Esta maravillosa puerta se halla ornamentada con tanta riqueza, con tanta exuberancia decorativa, que apenas queda espacio libre de labor. Está formada por dos principales cuerpos; el superior tiene en su parte central un suntuoso *ático* (cuerpo de arquitectura, que se coloca para ornato sobre la cornisa de un edificio), dividido en dos zonas verticales.

Las vertientes del triangular frontón decoran, sobre estriados pedestales, sendos flameros unidos entre sí por guirnaldas que se adosan en el ápice a una canastilla de flores. La imagen del arcángel San Miguel se levanta en el *acroterio* ese pedestal que sirve de remate al frontispicio, llevando en la mano derecha la cruz con pendoncillo, y en la izquierda un escudo blasonado con la cruz de Santiago, apoyando el pie izquierdo sobre el cuerpo del diablo.

En el tímpano, el espacio triangular que queda entre las dos cornisas inclinadas del frontón y la horizontal de su base, destaca el busto coronado de Alfonso VIII empuñando el cetro. En la *escocia* o moldura cóncava de las vertientes se lee la siguiente inscripción grabada en caracteres latinos, cuyas primeras letras borró la acción de los años: „BVEN - REY - DON - ALFONSO - VIII - FUNDADOR - DESTA - CASA.

En el entablado o conjunto de molduras que coronan el edificio, resaltan nueve conchas, y en

LOS CUENTISTAS

## La Señal por W. Garscun

Szemen, siendo niño, había aprendido a tallar flautas de ramas de sauces. Arrancaba la corteza, horadaba el leño, hacia agujeros donde era preciso y ya estaba hecha la flauta, tan admirablemente, que se podían silbar en ella todas las canciones conocidas. Szemen había envejecido y era ahora guardavia. En sus horas lieres fabricaba aún flautas, que vendía en la próxima ciudad un conductor, amigo suyo. Cada flauta le valía dos *kopeks*.

Tres días después de la inspección de línea, Szemen encargó a su mujer que vigilara el paso del tren de las seis, cogiendo un cuchillo, fué a proveerse de un buen puñado de ramas. Dirigióse hacia el bosque, el camino formaba allí un repecho. El guarda descendió un declive y se halló en la espesura. A media milla del camino de hierro había un pantano: junto a él se levanta un soberbio grupo de sauces. Allí solía encontrar las mejores ramas para sus flautas. Cortó un gran número, empleando en esto mucho tiempo. Reinaba el silencio. Sólo oía el piar de los pájaros encima de su cabeza y el crujiir de las ramas bajo sus pies. Al llegar cerca del lindero del bosque, creyó percibir un extraño ruido. Hubiérase dicho que golpeaban sobre hierro, Szemen apresuró el paso, intrigado por averiguar lo que era.

Salió del bosque y vió sobre el declive un hombre agachado, que trabajaba tenazmente en la vía. Avanzó cautelosamente. Creyó que se trataba de un ladrón de tornillos, de los que con frecuencia se sorprenden en las vías. Pero aquel hombre se había incorporado, tenía en la mano un hierro, lo puso bajo uno de los rieles y forcejeó. El riel había saltado. Szemen sintió un vértigo; todo bailaba ante sus ojos; quiso gritar y ni un sólo grito salió de su boca.

¡Era Vassili!... El guarda hechó a correr tras él; pero ya Vassili había doblado el repecho, huyendo con las herramientas en la mano.

—¡Vassili. Vassili! ¡Dáme la palanca y pondremos el riel en su sitio! ¡No diré nada! ¡Vuelve, te lo suplico! ¡Salva tu alma de la condenación!

Vassili no volvió. Había huido a través del bosque Szemen permanecía allí estático. Las ramas habían caído a sus pies. Un poco más allá estaba el riel arrancado de su sitio iba a pasar un tren; no un tren de mercancías, sino de viajeros. ¿Cómo detenerle? no tenía instrumentos... Bandera para hacer señales, tampoco. Era imposible poner el riel en su sitio. Tampoco podía asegurar con las manos los tornillos.

—¡Dios mío, ayúdame!— exclamó Szemen, empuñando furiosa carrera.

Corre. Apenas puede ya respirar. Sigue corriendo... las fuerzas le abandonan.

Aun le faltan cinco toesas para llegar a la garita. De pronto oye el pitar de una sirena. Es la fábrica; los obreros que salen. Son las seis y dos minutos. ¡Señor, ten piedad de los inocentes! Szemen se detiene, le parece ver la rueda de la locomotora, la rueda izquierda, que se tuerce, que salta, que se desvía, que se hunde en la tierra y que se rompe con un gran crujido. ¡Los vagones van llenos! ¡Hay allí niños!

Y el tren se aproxima. ¡No saben qué van a hacer! ¡No hay tiempo para nada!

—¡Señor, dime qué debo hacer!

Szemen vuelve corriendo hacia el sitio donde está desprendido el riel. ¿Para qué? No lo sabe. Llega al lugar en que se cayeron las ramas cortadas e instintivamente se apodera de una. Vuelve a correr hacia el lado en que ha de aparecer la locomotora. Ya lo oye silbar a lo lejos. Los rieles trepidan cada vez con más fuerza. Se detiene, saca el pañuelo, desenvaina el cuchillo.

—¡Señor, tu bendición!

Y se hunde el cuchillo en la mano izquierda. La sangre salta. Szemen empapa su pañuelo. ¡Ya está rojo! Lo ata a la rama, blandiéndolo, extiende el brazo. Ya tiene una bandera. Sigue agitándole, avanzando siempre, avanzando. Ya ha parecido el tren a lo lejos.

Ahora teme que no le vea el maquinista, y que no pueda parar a tiempo.

Y la herida sigue sangrando, cada vez más... Szemen la aprieta contra su pecho; pere no puede, no puede contener la sangre.

—¡Me he herido demasiado!—Murmura.

Siente vértigos... Núblanse sus ojos... Cree oír una campana... No tiene más que una idea.

Va a caer y la bandera caerá también.

Ya no ve. Todo se ha oscurecido para él en el momento en que cae desplomado. Pero la bandera no ha caído. ¡Una mano vigorosa se ha apoderado de ella y la agita en lo alto... muy en lo alto.

El maquinista le ve. refrena la mole que dirige el tren y se detiene.

Los viajeros saltan de los vagones, a diez metros de la locomotora hay un hombre desvanecido sobre la vía. Junto a él, otro agita un trapo ensangrentado.

Es Vassili, que mira a la locomotora, a los viajeros y al guarda caído en la vía; Vassili que bajando la cabeza, dice:

—¡Prendedme! ¡He querido hacer descarrilar el tren.